

Relato de Lady Blomfield sobre la Visita del Vagabundo, a 'Abdu'l-Bahá

4 de enero de 1913

Un buen día, mientras que varios personajes hablaban con 'Abdu'l-Bahá, la voz de un hombre se escuchó en la puerta del vestíbulo.

"¿Está la dueña de esta casa?"

El sirviente respondió: "Sí, pero -" "¡Oh, por favor, tengo que verla!", interrumpió con desesperada insistencia.

Yo, oyendo por casualidad, había entrado en la sala "¿Eres la anfitriona de 'Abdu'l-Bahá?", preguntó. "Sí, ¿quieres verme?" "He caminado treinta millas con ese propósito".

"Entra y descansa. Después de un refrigerio me lo contarás". Entró y se sentó en el comedor. En apariencia podría haber sido un simple vagabundo, pero mientras hablaba, desde el fondo de la miseria y el sufrimiento, algo más parecía vagamente reflejar.

Después de un rato, el pobre hombre comenzó su historia lamentable: "No siempre fui como me ves ahora, un objeto de mala reputación, sin esperanza. Mi padre es rector regional, y yo tenía la ventaja de estar en una escuela pública. De las diversas causas que me llevaron a que el embarcadero del Támesis fuera mi único hogar, no necesito hablarlas con usted".

"Ayer por la tarde había decidido poner fin a mi vida sin sentido, de odio, inútil para Dios y para el hombre!" "Mientras tomaba lo que me había propuesto sería mi último paseo, vi 'un Rostro' en la ventana de una tienda de periódicos. Me quedé mirando a Ese Rostro como clavado en el suelo. ¡Parecía que hablaba conmigo, y que me llamaba hacia Él! "Déjeme ver ese periódico, por favor", pedí. Era el Rostro de 'Abdu'l-Bahá. "He leído que Él está aquí, en esta casa. Me dije a mí mismo: 'Si hay existencia en la tierra tan agradable, voy a tomar de nuevo la carga de mi vida'.

"Salí en mi búsqueda. He venido aquí para encontrarlo. Dígame, ¿está aquí? ¿Me verá? ¿Incluso a mí?" "Por supuesto que te verá. Venid a Él".

En respuesta a la llamada, el propio 'Abdu'l-Bahá abrió la puerta, extendió Sus manos, como a un querido amigo a quien estaba esperando.

"¡Bienvenido! ¡Muy bienvenido! Estoy muy contento de que has llegado. Toma asiento".

El patético hombre tembló y se hundió en una silla bajo los pies del Maestro, como si no pudiera pronunciar una palabra. Los otros invitados, por su parte, miraban asombrados por la atención transferida al nuevo huésped de extraño aspecto, que parecía estar tan sobrecargado de miseria sin esperanza. "¡Se feliz! ¡Se feliz!" dijo 'Abdu'l-Bahá, tomando de una de las pobres manos, acariciando tiernamente la cabeza despeinada, inclinada. Con esa sonrisa maravillosa de amor compasivo, el Maestro continuó:

"No te llenes de dolor cuando te alcance humillación. "La generosidad y el poder de Dios no tiene límites para el alma de todos y cada uno en el mundo. "Busca la alegría espiritual y el conocimiento, entonces, aunque tú camines sobre esta tierra, tu morada será el Reino Divino. "Aunque seas pobre, serás rico en el Reino de Dios."

Estas y otras palabras de consuelo, de fuerza y de curación fueron dichas al hombre, cuya nube de miseria parecía derretirse con el calor de la presencia amorosa del Maestro.

A medida que el extraño visitante se preparaba para irse de Aquel a Quien había buscado y encontrado, una nueva mirada había en su rostro, una nueva postura erguida, un propósito firme en sus pasos.

"Por favor, escriba para mí Sus Palabras. He recibido todo lo que esperaba, y aún más". Le pregunté: "Y ahora, ¿qué vas a hacer?". Su respuesta fue: "Yo voy a trabajar en los campos. Puedo ganar lo que necesito para mis necesidades simples. Cuando haya ahorrado lo suficiente, compraré un poco de tierra, construir una pequeña choza para vivir en ella, entonces haré crecer violetas para el mercado. Así como Él dice: "La pobreza no es importante, el trabajo es adoración".

No necesito decir 'gracias', ¿o sí?

Adiós". El hombre se había ido.
